

Querido Diario:

Marcela Guijosa

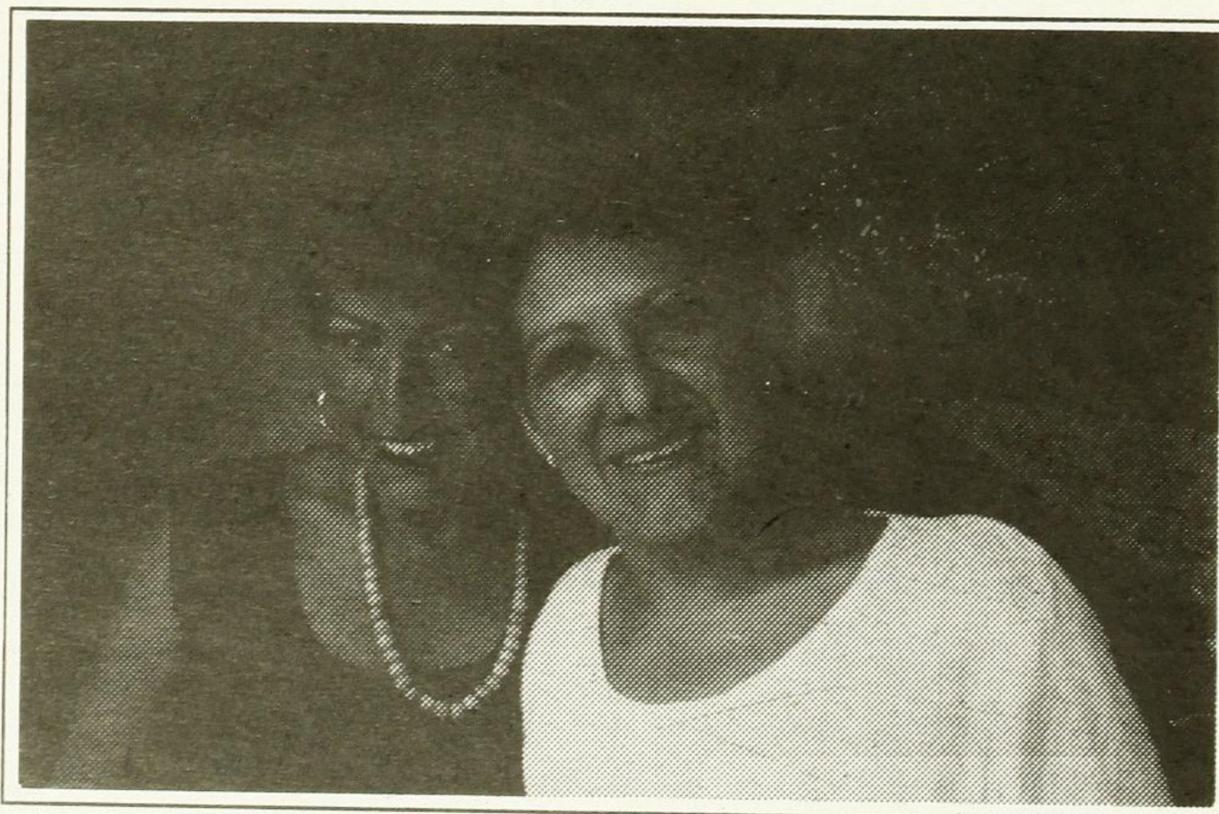
Dentro de pocos días cumpliré cincuenta años. En teoría suena fuerte. Es un número tan importante, tan mágico, una edad tan especial, que yo hubiera jurado que me iba a sentir también de algún modo muy especial. Pero no. Lo primero que me sucede es que me siento normal. Como si nada, digamos: igual que siempre.

Pero insisto y me esfuerzo. Cincuenta años. Es como la edad esencial que tenían mis tías, sobre todo Chiqui y Carmela. Esas señoras muy señoradas, con sus joyas de oro, con su pelo gris perfectamente peinado, jamoncitas, fuertes, maduras. Siempre las recordaré así, un poco regañonas, guapas, contentas, de cincuenta años. Ahora yo soy ésa. Tengo el pelo gris, pero no perfectamente peinado. No uso joyas de oro. Soy jamoncita, un poco regañona, pero no me siento ni tan guapa ni tan madura ni tan fuerte. A lo mejor ellas tampoco se sentían así: sólo parecían.

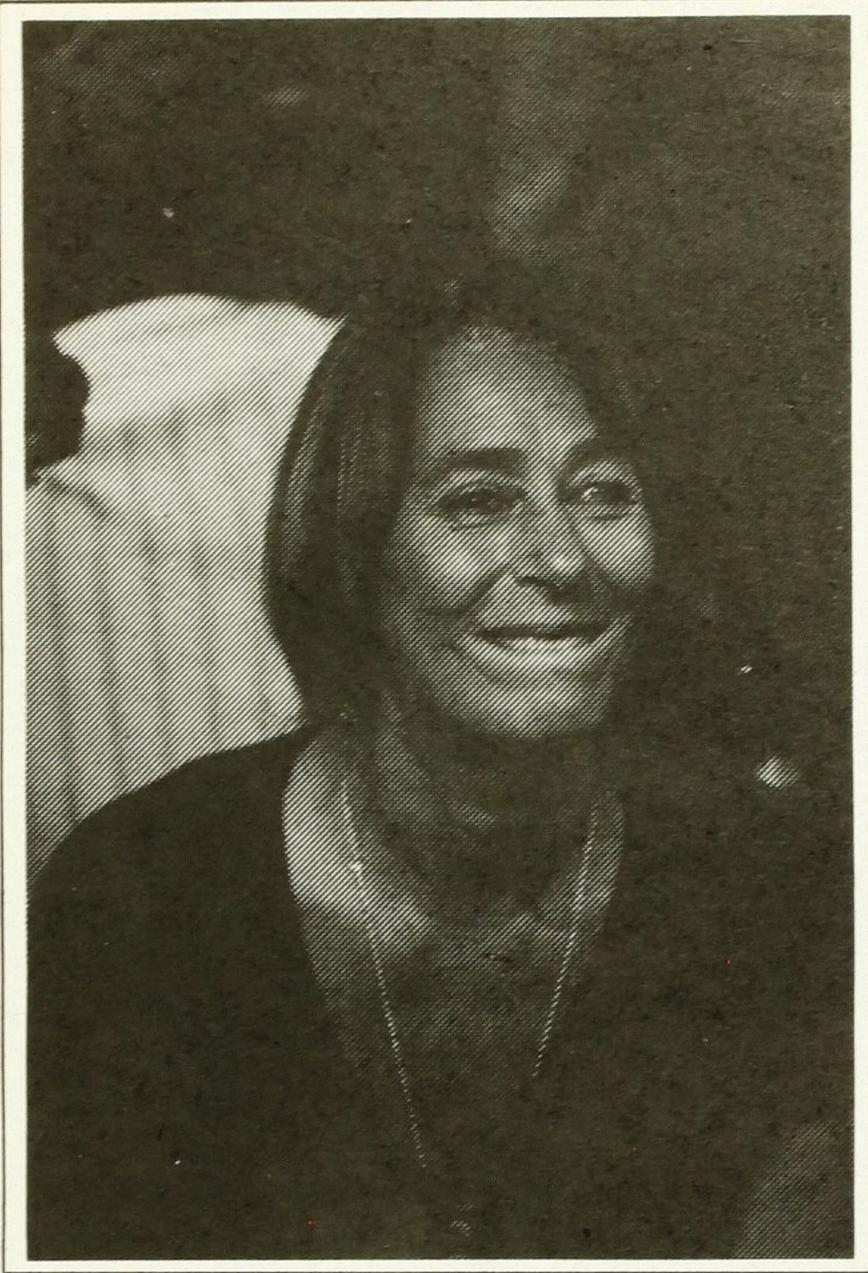
Para comprender más esto de los cincuenta, tendría uno que comparar. Frente a los veinte años, qué vieja está uno. Frente a los ochenta, qué joven. Mi papá bromeaba, a sus sesenta y cinco años: "¡Quién tuviera cincuenta y cuatro!" Mis hijos seguro que me ven como del Parque Jurásico. Mis tías y mi mamá, como una muchachita.

¿Y yo, cómo me veo? Para empezar, me cuesta trabajo verme así. Es como si mi alma, mi yo interno, tuviera como treinta y ocho. Por eso a veces me miro en el espejo y no me reconozco. Ciertas arrugas, cierta expresión procedente de las bolsas de los ojos, cierta piel colgadita debajo de la barbilla y los cachetes, ciertos kilillos de más, siento que no me pertenecen. Son algo extraño en mi autoimagen. Yo creo que es cosa de irte acostumbrando. Mariana, el Día de las Madres, me regaló un espejo padrísimo, cuyo marco es una horrible iguana de hojalata verde, para que me consuele con la comparación cuando me vea.

Sí, ni modo: cumplir cincuenta es estar en el umbral de la vejez. Aunque te digas que eres de mediana edad, la neta es que estás iniciando la etapa final. Lo bueno es que es *iniciando*. Suspiro, me pongo filosófica, y pienso que siempre estamos iniciando esa etapa: siempre estamos muy cerca de la muerte.



Rotmi Enciso



Eso de que sea un *umbral* lo vuelve muy interesante. Me siento como acabando algo y empezando algo. La menopausia es uno de los eventos centrales en esta época, es metáfora de esa sensación que es al mismo tiempo duelo y esperanza.

Y de lo pasado, de lo que se va, aunque esté el duelo, también hay una sensación de alivio, de descanso. De satisfacción por tareas acabadas, bien hechas y bien vividas. De logros. Ejemplos: el conocimiento y la apertura hacia el mundo. Las salidas, las conquistas de lo exterior. Los descubrimientos. Las grandes amistades que se sembraron hace muchos años, en épocas buenas para la siembra. El primer amor, los otros amores. Esos enamoramientos fervorosos de las gentes y del mundo. La pareja, el gozo intenso de la sexualidad, del cuerpo en todo su esplendor. La maternidad. El establecimiento de una casa. El logro de tener un lugar. El trabajo, eso que fuiste construyendo y que te ha ido construyendo la identidad.

Y sientes que de todo eso ya acabaste. Algunas cosas no se han acabado, pero el modo como las vives hoy es tan diferente. Es como si ya no fuera el mismo camino: ya no es de ida, sino de regreso. El trabajo, por ejemplo. De

veras ya se siente como cosecha. Ya te puedes recargar en tu experiencia, ya sabes muchas cosas, ya tienes muchas tablas. Qué bueno que ya no eres tan ingenua: benditos colmillos. O con los hijos. Ya sientes con toda claridad que su vida es su vida y ya por fin no tienes que estar todo el tiempo al pendiente sino sólo convivir y querer y platicar. Y fuera de pequeños detalles —como qué comeremos el domingo— tú ya no eres la responsable absoluta.

Y con tus amigos, y con tu primer marido, qué a gusto. Ya no es aquello de estar quedando bien. Ya es como tener tus pantuflas viejas, qué comodidad. Ya por fin te atreves a ser como eres, y aunque estés en pijama y sin bañar, los recibes tan feliz cuando llegan. Aunque repitas los mismos chistes y las mismas anécdotas, no importa. Ellos también repiten. Y qué, no pasa nada. Aunque te aburran a ratos o te irriten o haya discusiones o pleitos, sabes que no se van a ir. Tienes tantísima confianza en su amor y en tu amor. Ese amor que ya no es temeroso ni inseguro. Es sólido, profundo, eterno.

Porque bendito sea Dios, aunque mis instintos sexuales han disminuído muchísimo, el amor no. Claro que hay otras cincuentonas diferentes. Tengo varias amigas que a los cincuenta se andaban ligando a unos nuevos y grandes y emocionantes amores. Yo no. Ni se me antoja. Siento que esa parte ya la cumplí y ahora tocan otras cosas. Pero el amor apasionado por mis gentes no se me quita sino que me aumenta todos los días y creo que es gran parte de lo que me mantiene viva.

Me gusta que mi cumpleaños número 50 coincida con este fin de milenio: son dos fechas muy mágicas. Me gusta haber sido testiga de la segunda mitad del siglo XX. Y si Dios quiere, de los albores del XXI. Me siento muy privilegiada. Aunque la época esté horrible, pienso que así se deben haber sentido los que vivieron al final de la Edad Media y al principio del Renacimiento.

Y aquí es donde se abre la esperanza.

Porque la maravilla es que aunque me sienta que ya terminé con algunos asuntos, también siento con toda claridad que mi vida no ha terminado. Ahora empiezo otra etapa, otras cosas. Y fuera de cierto miedillo a lo desconocido, también estoy llena de curiosidad por ver el futuro que me suena emocionante y



muy atractivo. Tengo ganas de vivir. Se me antoja lo que sigue.

Porque cada vez me siento más cómoda conmigo misma, con mi soledad, con mis pensamientos. El adentro se agranda, se profundiza, y eso me gusta muchísimo. También es como si disfrutara más de las cosas. Las grandes y las chicas. Me duermo una siesta, qué delicia mi cama, con *esta* almohada y *esta* cobija. Festejo encantada una buena comida, qué maravillosa sopa de habas. A veces es una reunión, y me divierto como loca cotorreando con La Yuya y Alfredo o bien bailando salsa con Rodolfo y con Coqui y con Isaura, y Anita cantando los Beatles se vuelve lo mejor que he oído en mi vida, y cada plática con Marta o con Elena y Berta se vuelven la mejor de las sesiones. Los paisajes y la naturaleza cada vez me asombran más: veo florecer al agapando en su maceta y soy absolutamente feliz. Me extasio con las rosas, me emociono y me solazo profundamente si veo los volcanes, agradezco casi con veneración poder sentarme en el solecito. Gozo enormemente de carcajearme con mis amigas o con mis hijos. Me deleito y me emociono más con cierta música o con el buen libro. Claro que también me he vuelto más selectiva: pocos libros me parecen buenos...

Por lo demás, hay cosas que permanecen. El miedo a escribir cuando empiezo a escribir. Mi iracundia y mis ganas de discutir cuando las pláticas se tratan del neoliberalismo o del feminismo o alguien se atreve a llevarme la contraria. Mis horarios de tecolote. Mi gusto

por el cognac, el Selecciones del Reader's Digest y el mole poblano y Beethoven y Guty Cárdenas. Mi desorden y mi imposibilidad de ser perfecta ama de casa. Mi guadalupanismo librepensador. Mi optimismo socio-económico-político. Mi verborrea. Mi

ser distraído, soñador, romántico. Mi profundo y mexicano mestizaje. Mi continua escasez monetaria y mi continua abundancia de descubrimientos y deseos.

Y fuera de las arrugas, la falta de memoria, la vista cansada, los problemas dentales, la leve incontinencia urinaria, la bronquitis crónica, la celulitis, y mi pelo que encanece, encanece, quién me iba a decir que a mis cincuenta años iba yo a ser exactamente la misma: estoy igual que siempre. *Jam*

